

JUAN LUIS PULIDO BEGINES

LA TRANSICIÓN INCOMPLETA

Prólogo de
José María Ruiz Soroa

Marcial Pons

MADRID | BARCELONA | BUENOS AIRES | SÃO PAULO
2012

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
PRÓLOGO	13
CAPÍTULO I. LAS EXPECTATIVAS DE LOS SETENTA Y LA ENVENENADA HERENCIA DE FRANCO	21
I. LA ENCRUCIJADA DE 1975.....	21
II. UNA VISIÓN NECESARIAMENTE SUBJETIVA	28
III. ES PRECISO ENTERRAR A FRANCO	32
CAPÍTULO II. LAS ESPERANZAS FRUSTRADAS	35
I. EL SISTEMA DE PARTIDOS.....	35
1. Politiquería mitinera.....	35
2. Las verdades de los gobernantes	37
3. Meritocracia y política.....	39
4. ¿Políticos o tecnócratas?	46
5. El problema principal: la falta de democracia interna de los partidos	48
II. LAS IDEAS POLÍTICAS	51
1. Política y creencia	51
2. Etiquetas caducas	58
3. La izquierda sin partido	61
4. ¿Dónde está la derecha?	65
III. LOS PODERES DEL ESTADO	67
1. Política y justicia.....	67
2. El estado del Estado de Derecho (¡Cómo sea!)	72
3. Pocas leyes que se cumplan.....	76
4. Los medios de comunicación.....	78
IV. LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL DEL ESTADO: LOS PROBLEMAS DE IDENTIDAD.....	82

	Pág.
V. CIUDADANÍA MINORADA.....	88
1. ¿Es usted facha?.....	88
2. Miedo a la libertad. El sectarismo	91
3. Anticlericalismo	93
4. La corrupción política del lenguaje: sobre la falacia del lenguaje sexista.....	99
5. La conciencia moral de la sociedad: intelectuales y artistas	103
CAPÍTULO III. LOS RETOS CONTEMPORÁNEOS.....	109
I. LECTURA CRÍTICA DEL MULTICULTURALISMO	109
II. PACIFISMO A ULTRANZA.....	116
III. EMPRESARIOS <i>VERSUS</i> TRABAJADORES.....	119
IV. ¿ES NECESARIO REFORMAR LA ORGANIZACIÓN TERRITORIAL DEL ESTADO?	122
V. ¿ES NECESARIO REFORMAR NUESTRA JEFATURA DEL ES- TADO?	125
VI. LA EDUCACIÓN PENDIENTE.....	129
1. Es necesario un cambio de modelo pedagógico	129
2. Derecho a la educación y principio de igualdad	136
3. Una universidad con el rumbo torcido	141
3.1. Igualitarismo en la universidad.....	141
3.2. Delirio burocrático.....	144
3.3. La ciencia en la universidad	148
CAPÍTULO IV. RECAPITULACIÓN: ¿TENEMOS REMEDIO?	153
I. ALGO BUENO SOBRE LA CRISIS	153
II. ¿QUÉ HACER? MEDIDAS DE EMERGENCIA PARA SUPERAR LA CRISIS DE NUESTRO SISTEMA POLÍTICO.....	155
1. La <i>Memoria Histórica</i> que necesitamos.....	155
1.1. La historia como arma política	158
1.2. Objetivar la historia de nuestra guerra civil	160
1.3. Secularizar el fetiche de la II República	171
1.4. Cambiar la visión que tenemos de nosotros mismos: la leyenda no tan negra de los españoles	177
2. La vista al presente	181
2.1. Punto de partida: sobre la necesaria rebeldía	181
2.2. Elogio a la política: ¿somos idiotas?	183
2.3. Cambiar la visión de la política: más política y menos meta- física	187
2.4. ¿Qué hacer? Nuevos cauces de participación política	190

PRÓLOGO

Hay muchas cosas en común entre Juan Luis Pulido Begines, el autor de este excelente ensayo crítico sobre la situación actual de la sociedad y la política españolas que el lector tiene ahora ante sus ojos, y este prologuista: en primer lugar la amistad y el aprecio mutuos; en segundo, el habernos dedicados ambos al cultivo de la ciencia jurídica en una parcela tan particular como el Derecho marítimo, un sector del Derecho que posee un cierto aire esotérico teñido de romanticismo. Pero, después de leer este su libro (que no hace sino recoger de manera sistemática un pensamiento que Juan Luis había ya anunciado antes en numerosos artículos de prensa), creo que lo que más nos une es un dato que él subraya y analiza: nuestra común preferencia por las ideas antes que por las creencias.

Escribía Ortega y Gasset hace ya muchos años que existe una sutil pero profunda diferencia entre las ideas y las creencias, una diferencia que resumía en una frase lapidaria: «En las creencias se está, las ideas se tienen». Las creencias son como unas grandes metáforas fosilizadas por el tiempo en las que habitamos de manera pasiva, porque ni siquiera las identificamos como algo pensable o cuestionable: las aceptamos sin debatirlas. Las ideas, por el contrario, son esos pensamientos a los que trabajosamente vamos arribando a través de la reflexión, la experiencia y la discusión. En el fondo, lo que sucede es que las creencias nos tienen ellas a nosotros, mientras que a las ideas —equivocadas o ciertas, provisionales o tentativas— las poseemos nosotros.

Pues bien, la sociedad española, a pesar del ingreso en un nuevo universo mental moderno, liberal e ilustrado que significó para ella la transición política de los años setenta, está mayoritariamente habitada todavía hoy por un tipo de individuo que se maneja muy bien dentro de las creencias, sean conservadoras o progresistas, sean hedonistas o ácratas. Unas ideologías reducidas al mínimo —la ideología es un reductor de la complejidad— le permiten funcionar en la vida con una seguridad a prueba de ex-

perencia, clasificando intuitivamente el mundo en «los míos» y «los otros». Son pocos los que, por el contrario, prefieren labrarse poco a poco un mundo de ideas, aunque sean provisionales, tentativas y, como diría Popper, «falsables». Es decir, predispuestas a ser modificadas no bien la experiencia nos demuestre su equivocación o inadecuación para describir adecuadamente la realidad y para movernos dentro de ella. Juan Luis Pulido, y las páginas de este libro lo demuestran de continuo, es uno de esos pocos que gusta de las ideas y abomina de las creencias. En eso nos parecemos.

Éste es un libro con un marcado carácter didáctico; su autor no puede esconder su condición de profesor universitario que gusta de explicar y desmenuzar las materias docentes que aborda por profesión, aunque en este caso haya optado por salirse del marco jurídico estricto para abordar el campo más amplio del humanismo cívico. Esta condición didáctica se muestra en una doble vertiente. En primer lugar, en la agudeza y precisión con la que están seleccionados los temas de los que trata, una selección que es todo menos casual o arbitraria. El buen profesor sabe lo que debe y puede enseñar, porque ha reflexionado mucho sobre la materia compleja que conoce antes de subirse a la cátedra; aquí, deberíamos decir, antes de ponerse a escribir. Pero, en segundo lugar, el profesor auténtico es el que posee esa inclasificable cualidad que entraña el hacer claras las cuestiones complejas, sencillas las difíciles y patentes las confusas. Enseñar es un arte, y este libro demuestra que su autor lo domina. El lector lo comprobará no bien se adentre en sus páginas.

Ahora bien, el buen profesor no es dogmático, sino discursivo: enseña discutiendo y convenciendo. Un gran e inteligente antiliberal como lo fue el teórico político Carl Schmidt denostaba de la sociedad moderna heredera de la Ilustración acusando a la burguesía moderna de ser «la clase discutidora». Es decir, de carecer de verdades o dogmas (o caudillos) que guiaran al sistema político con certeza y seguridad; en su lugar, la democracia era para él un reino confuso en que todo era cuestionado y discutido, no existía la verdad firme. Bueno, sucede que eso que para el alemán era un defecto, es para muchos la esencia de la democracia como régimen de vida: la capacidad de cuestionarse a sí misma y, por ello, mejorar. Este libro es, en ese sentido, el prototipo de una aproximación liberal y democrática al estudio de la democracia misma.

Lo hemos dicho ya, éste es también un libro crítico para con la sociedad española que vive este principio de siglo XXI. Sus defectos más característicos son puestos de relieve con singular lucidez y atinada prosa. Desde la falta de participación o implicación en la conducción de lo común (que no otra cosa es la política) hasta la consecuente colonización invasora de las instituciones de la sociedad civil por los partidos políticos. Desde la difusión de una «memoria histórica» que falsea la historia reciente hasta las dificultades para integrar a la religión católica en el Estado democrático y, por ello, laico. Desde la profunda desorientación de la enseñanza española, y en este punto el autor opina con causa de primera mano, hasta una articulación institucional de la diversidad territorial española que clama al cie-

lo por lo chapucera y desnortada, y que nos ha conducido a poseer al final algo así como un «Estado desconcertado» (en todos los varios sentidos del término).

Este sentido acusadamente crítico es el que subyace al título que Juan Luis ha puesto a su libro: La transición incompleta. Porque en lugar de apuntarse al fácil camino de dar por definitivamente cerrada la fase de transición política, social y cultural que significó para España la Constitución de 1978, y reclamar ya una segunda o una tercera transición, como hacen tantos (sin explicar muy bien a dónde se quiere transitar, salvo en vagas apelaciones a un imaginado paraíso de bondad y concordia), el autor defiende el valor intrínseco de aquel concreto experimento histórico y, sobre todo, reclama el desarrollo completo de todas sus potencialidades. La transición —según Juan Luis Pulido— no está ni superada ni olvidada, está todavía incompleta porque no hemos conseguido culminar todo lo que anunciaba y prometía, no hemos conseguido plasmar todas las esperanzas que estaban en su núcleo esencial. Y tiene razón. Claro está, la democracia es por sí misma un régimen siempre incompleto, porque en el fondo no es sino un camino continuo hacia una sociedad más decente para con los seres humanos que la habitan; pero en el caso español, la joven democracia que estrenamos hace cuarenta años está especialmente incompleta, y eso se debe a que últimamente hemos perdido el rumbo de nuestro esfuerzo como país y nos hemos contentado con realizaciones políticas y sociales de dudosa calidad democrática o, lo que es lo mismo, que hemos dilapidado con rapidez y alegría sin igual el valor de las instituciones que inauguramos hace tan poco tiempo.

¿Han reflexionado ustedes sobre la pasmosa velocidad con que en España hemos consumido y agostado las instituciones? Un sistema político, un Estado de Derecho democrático, se edifica sí sobre un pueblo (un demos) cuya voluntad pretende realizar efectivamente. Pero se sostiene gracias a un conjunto de pilares denominados «instituciones» —esos entes que no por borrosos e intangibles son menos reales— que lo sustentan y lo hacen posible. La democracia es inviable sin el entramado de sus instituciones de soporte, desde la Jefatura del Estado hasta el Parlamento, desde los jueces hasta las Autonomías, desde los partidos políticos hasta los sindicatos o los medios de comunicación, desde la Confederación de Empresarios hasta el Tribunal Constitucional. Son esas instituciones las que garantizan que el sistema funcione con un razonable grado de respeto a sus propios principios democráticos. Pues bien, en España, y con alegría de nuevos ricos, hemos averiado gravemente las instituciones (desde la Monarquía hasta el Consejo General del Poder Judicial) de una manera irresponsable, comportándonos todos (y los primeros de todos los que ostentaban la dirección de esas mismas instituciones) como si las instituciones se cuidaran ellas solas, como si fueran a aguantar sin derrumbarse el alto grado de manipulación, colonización y uso desviado al que se han visto sometidas. Y así nos ha ido: ahora que la crisis económica nos sacude, resulta que echamos a faltar instituciones que funcionen, líderes políticos a los que creer, actores a los que seguir, tribunales en los que confiar. Hay desde luego una crisis de

la confianza ciudadana en las instituciones, pero antes que ello hubo ya una pérdida de calidad y de funcionalidad de esas instituciones.

Y, sin embargo, éste no es un libro dado al pesimismo: yo diría que es por el contrario un libro que rezuma confianza, una confianza crítica en la posibilidad de la política entendida como actividad humilde y diaria de los ciudadanos. Confianza no en la metafísica ni en el redentorismo, insiste el autor, sino en la política. Porque no somos idiotas, es decir, unos seres reducidos al ámbito de nuestra privacidad egoísta y hedonista, sino que sólo nos podemos realizar como personas en la convivencia. Pero tampoco somos ángeles, ni podemos resolver nuestros problemas apelando sin más al buenismo, a la paz, al consenso universal y al pueblo virtuoso. Si somos pragmáticos y ponemos nuestra meta en fines concretos y humildes, aceptando de una vez que siempre, siempre, existirá el disenso y la discusión y que eso no es un defecto sino la esencia misma de la condición humana, se pueden alcanzar soluciones. De lo que se trata es de no desesperar, por un lado, pero tampoco de creer (de nuevo las creencias) en la magia de las soluciones definitivas.

Tan optimista es Juan Luis que presenta la crisis actual, con todo el dramatismo social que conlleva, como una oportunidad para obtener un efecto moral positivo sobre la sociedad española: el de enseñarnos el valor del esfuerzo. Porque, como escribe con singular lucidez, «el fondo del problema somos nosotros. Nosotros mismos. Y si la raíz somos nosotros, no lo es sólo como problema, sino también como esperanza». Es la misma idea que tan bellamente formulaba Heine: «Donde crece el peligro, crece también lo que nos salva de él».

Este libro pasa revista a los defectos más clamorosos de nuestra convivencia, es decir, «a los asuntos que los españoles tenemos pendientes como sociedad democrática, lo que viene a ser algo así como un catálogo de los errores cometidos en la gestación y desarrollo de nuestro modelo constitucional vigente». De entre todos ellos, seleccionamos algunos a los que el mismo Juan Luis Pulido otorga singular trascendencia y que, por ello, describe con detenimiento en su génesis, manifestación y corrección necesaria.

El primero es uno de los rasgos más característicamente hispanos, y no de hoy sino de antigua raigambre. Se trata de la sempiterna dificultad que tiene el español —sobre todo el intelectual español— para hacer una cosa tan sencilla como es la de hacer las paces con su historia, aceptar su pasado tal como ha sido, lleno de momentos positivos y negativos («nada del otro jueves», como escribió Manuel Azaña una vez), y no desde luego particularmente vergonzoso. Rara vez el español se planta ante su historia con el único interés que ésta encierra, que es el deseo de saber y conocer y no el de recordar u olvidar lo que selecciona nuestro afán presente. No el de ajustar cuentas con ella, sino el más humilde de conocer lo que hicieron nuestros antepasados y por qué lo hicieron. Por el contrario, lo que se cultiva entre nosotros es la explotación de la memoria, pero una memoria que siempre es parcial y selectiva. Una memoria de combate, para usarla como mazo argumental.

Hay y han habido entre los españoles muchas memorias, como ha descrito el profesor García Cárcel: memorias unitarias y memorias particulares; memorias ideologizadas y memorias de la intrahistoria. Está la memoria autosatisfecha de una historia siempre gloriosa y llena de momentos estelares, aquella con la que el nacional-catolicismo aburrió nuestra infancia y que tiene siempre la querencia a imponerse por la fuerza. Y está la memoria doliente, con su noventayocho, su leyenda negra y su fracaso nacional. El del «fracaso» ha sido un paradigma recurrente en nuestra intelectualidad, que lo aplica selectivamente a todos los momentos clave de la modernidad: España careció de reforma religiosa, de ilustración, de revolución liberal, de una burguesía fuerte, de un nacionalismo cohesionador, de una industria temprana, y así sucesivamente. España sería la historia de una carencia, el país que «posee la historia más triste de la Historia, porque termina mal», como decía en los sesenta el poema de Gil de Biedma.

La Transición fue una demostración práctica de que España no era un fracaso ni una carencia, sino una sociedad muy viva y activa que simplemente tenía su «sonderweg» en la historia europea (como lo tienen todas las demás naciones, por otro lado), y que poseía la capacidad vital suficiente para construir su futuro con razonable seguridad. Durante los veinte años que siguieron a la Transición, la realidad española fue la demostración viva del sinsentido de las memorias que predestinaban nuestro fracaso. Pero, cuidado, porque el paradigma del fracaso vuelve a tentar a muchos en este momento de crisis profunda en la que incluso se viven tensiones de ruptura de la convivencia de siglos.

El filósofo pragmata norteamericano Richard Rorty observaba que una sociedad —una nación de ciudadanos— no puede de verdad echar a andar por el mundo hasta que no asuma su pasado con todo lo que ese pasado contenga. Y asumir no es justificar ni glorificar, tampoco rechazar ni condenar, es aceptar que el pasado es inmodificable y que carece de sentido volver a librar hoy las batallas que ya ocurrieron. Conocerlo sí, mitificarlo nunca. Asumir el pasado es aceptar que colectivamente somos descendientes de la República pero también de Franco, que tuvimos muchos abuelos y no uno sólo, como últimamente pretendía nuestro anterior presidente de Gobierno. Pero que, en cualquier caso, nada de ello nos marca un rumbo ineluctable, que el pasado está hecho pero el futuro abierto.

Otra de las reiteradas críticas de Juan Luis Pulido a la sociedad española actual es la que pone de manifiesto su debilidad como sociedad civil. Debilidad que se manifiesta en una cultura política (la forma en que el ciudadano se aproxima y comprende la política) que posee rasgos aparentemente contradictorios. En efecto, la sociedad española es en Europa una de las que más espera del Estado, espera una actividad de gobierno fuerte para reformar los defectos e injusticias sociales y económicas que todavía aquejan a esa sociedad. En ese sentido, los españoles esperan del gobierno mucho, si los comparamos con los anglosajones o los nórdicos. Y, sin embargo, esa misma sociedad es la que muestra en Europa un menor índice de confianza en sus posibilidades reales de influir en el gobierno. Esperamos mucho del Estado, pero creemos que no podemos influir en su manejo. Curiosa

contradicción, más propia de una sociedad de tipo «parroquial» que de una cultura «cívica», por utilizar la clasificación de Almond y Verba.

Este libro subraya que la vía de solución a este defecto clave no está tanto en proclamar retóricamente una y otra vez las bondades del ciudadano interesado en lo público como el ideal a perseguir, sino, aunque pueda parecer el camino contrario, en fomentar desde la primera enseñanza un tipo de persona más individualista, más confiado en su propia formación y criterio, más persona en una palabra. Y es que tendemos a creer que el individualismo es sólo una cualidad negativa característica de los seres superficiales, hedonistas y egoístas que abundan en nuestro alrededor, sin darnos cuenta de que en su sentido más pleno el individualismo es la doctrina que requiere formar individuos fuertes, capaces por ello de orientarse en la sociedad como seres libres, por un lado, pero también como seres profundamente sociales. Una sociedad es más fuerte y más decente cuando está constituida por individuos sólidos, no cuando la forman dóciles seres gregarios inseguros de su propia personalidad. Y para formar personas hace falta, además de quererlo, una pedagogía del esfuerzo, el mérito y el límite.

La transición española ha sido un momento clave en nuestra historia, pero todavía hay que exprimir todas sus posibilidades para crear unos ciudadanos más libres y más seguros de sí mismos. Leyendo este libro me ha venido a la cabeza algo que relataba Sebastián Haffner en su imprescindible Historia de un alemán, refiriéndose a los años 1924 a 1929, los años de la República de Weimar y el canciller Stresemann. Habían pasado los años turbulentos del revolucionarismo de la posguerra, así como el caos de la inflación salvaje, la República democrática empezaba a funcionar razonablemente bien. «El reino de los cielos volvía a estar lejos, no había demanda alguna de salvadores ni de revolucionarios —escribe— (...) en todas partes había una porción razonable de libertad, calma, orden, liberalismo bienintencionado, buenos salarios, comida de calidad y un ligero aburrimiento en la opinión pública (...) Pero sucedió algo extraño, uno de los acontecimientos políticos fundamentales de nuestro tiempo, aunque no figuró en ningún periódico: toda una generación de alemanes no supo qué hacer con un regalo consistente en gozar de una vida privada en libertad. Jamás habían aprendido a vivir por sí mismos, a hacer de una pequeña vida privada algo grande, hermoso y lleno de compensaciones. Empezaron a aburrirse y reclamaron nuevas aventuras colectivas». No quiero decir que la situación política de España se parezca a aquel momento histórico de Alemania, menos aún a su deriva concreta hacia el nacionalsocialismo, pero sí hay un fuerte aire de familia entre las dos situaciones desde el punto de vista vital. Porque también en España ha sucedido que las posibilidades inmensas para construir vidas cívicas más plenas que abrieron los años ochenta y noventa parecieron de repente aburridas y anodinas a los políticos que llegaron al poder con el cambio de siglo y, con grácil desparpajo, empezaron a resucitar entre nosotros los fantasmas sabrosos de la República, la Guerra Civil y las dos Españas. No parece sino que necesitamos de mitos y relatos de escisión y redención para llenar de sentido la existencia, en lugar de dedicarnos al cultivo humilde de nuestra personalidad y al negocio fatigoso de lo común.

Ahora que la crisis económica hace que nuestras seguridades se tambaleen es precisamente el momento adecuado para leer un libro como éste, unos textos que nos obligan a levantar la mirada y a observar un poco más allá de la actualidad rabiosa, a reflexionar sobre lo bueno y lo malo que hemos edificado en los últimos cuarenta años. Y que, en mi subjetiva interpretación de lo que con autoridad expone Juan Luis, nos advierte contra los dos peores caminos que podemos tomar ante los apuros de la crisis. El primero, el de hacer lecturas excesivamente moralistas o metafísicas de lo que sucede, convirtiendo los problemas económicos en un debate de buenos y malos, de culpables e inocentes, de pueblos y mercados. Naturalmente que hay culpas y errores en el pasado inmediato, pero son más sistémicos que personalizados, y salir a la caza de culpables ni es justo ni, sobre todo, es eficaz. Toda democracia se funda en la desconfianza de los ciudadanos hacia los que ejercen el poder, claro está, pero de la desconfianza a la hostilidad hay un mundo. Culpar a los políticos, en bloque, de todo lo que sucede es tanto como suicidarnos como democracia. El segundo, el riesgo de escindirnos como sociedad y como país ante esos mismos problemas, cayendo en el fácil expediente de convertir al otro en responsable del mal. Un otro que puede ser la derecha, el gobierno, la juventud, la pluralidad territorial, el centralismo, y así sucesivamente. La lección de este libro es que en ese buque llamado España no hay «otros» de ninguna clase, que todos somos «unos» y «otros» a la vez.

José María RUIZ SOROA

CAPÍTULO I

LAS EXPECTATIVAS DE LOS SETENTA Y LA ENVENENADA HERENCIA DE FRANCO

I. LA ENCRUCIJADA DE 1975

Conviene empezar una obra dando al lector alguna idea sobre los motivos que llevan al autor a escribirla.

Este libro es fruto de la constatación, alrededor del año 2005, de un hecho que me produce tanta perplejidad como temor: el de que está en curso un proceso que algunos llaman «segunda transición», en el que se proyectan reformas, algunas consumadas ya, aun cuando no se hallan justificadas ni por la necesidad social, ni por el amplio y maduro consenso que debe impulsar este tipo de giros en la concepción de los cimientos que sostienen la convivencia y organización básica de un país. Sus promotores desean protagonizar una «segunda transición», cuando todavía no hemos terminado la primera. Con notable precipitación y mucha imprudencia, pretenden ningunear los logros sumados por nuestra sociedad en los ochenta y en los noventa, para poder así descalificar todo el camino político de reconstrucción seguido en España tras la muerte de Franco, tachándolo de «dirigido» o «impuesto», no se sabe bien por qué fuerzas oscuras y antidemocráticas¹. Ante este envite ideológico a la historia y al sentido común, la finalidad de esta obra es, esencialmente, poner de relieve su falsedad y peligro.

¹ Es típico de una mentalidad política adolescente considerar que el mundo o, más bien, «el sistema», por usar la terminología al uso, está dirigido por fuerzas ocultas y todopoderosas. Eso suele reforzar el papel de las víctimas, o de los que se sienten víctimas de algo o alguien, como señala A. MAALOUF, *Identidades asesinas*, Madrid, 1999, p. 150.

En realidad, los autores de esta maniobra política ya apuntaban maneras a mediados de los noventa, como tuvo ocasión de señalar y criticar Tomás y Valiente, cuando afirmó que «...no resulta convincente afirmar que estemos viviendo una segunda transición. Aquel proceso histórico fue único y es irrepetible. Que nadie nos lo vulgarice disfrazando de nueva o segunda transición lo que es otra cosa, una difícil etapa de la democracia entonces nacida, pero de ninguna manera una segunda edición o una prolongación de aquello que entre todos tan bien hicimos»². Pero es bien entrado el nuevo siglo cuando, aquellos que mintieron en su fuero interno y externo, fingiendo voluntad de consenso, pierden ya el pudor y, armados con las riendas del poder, se disponen a acometer su irresponsable aventura de desprestigio y revancha, alentando pasiones cainitas que estaban enterradas.

En 1975, muerto el general Franco, España empieza un proceso de transformación de su sistema político, aún no culminado, que se caracteriza por dos notas fundamentales. De un lado, mirando al pasado, quiere poner punto final a una larguísima guerra civil iniciada, como mínimo, en 1808, que extiende aún su sombra hasta los fusilamientos de Burgos³. Según resulta cada vez más claro, la Guerra Civil no fue más que el episodio final de un conflicto secular, larvado desde finales del XVIII, que erupciona con fuerza en la Guerra de la Independencia. Desde entonces, las tormentas políticas se han sucedido unas a otras, saldándose muchas veces por la vía del enfrentamiento armado, la represión y la venganza. De otro lado, de cara al futuro, el nuevo sistema quiere también ser un cambio de rumbo histórico que devuelva al país al lugar que le corresponde por su geografía, cultura y vocación de modernidad, dentro del ámbito de las democracias europeas industrializadas.

Respecto a lo primero, parece hoy generalmente aceptado que la llamada «Guerra de la Independencia» fue en buena medida una guerra civil entre ilustrados y absolutistas, entre progreso y reacción⁴. Cerrada en falso, esta guerra dejó heridas, abiertas una y otra vez en los siguientes ciento cincuenta años. La insaciable orgía de sangre conoció momentos de calma, periodos de paz en los que los contendientes aparcaron sus diferencias y recobraron fuerzas, pero nunca existió una composición de intereses, ni el esfuerzo honesto de reconocimiento recíproco de los derechos y las razones del otro. Por eso, no resultaba extraño encontrar en la prensa de la época artículos como «Variedades. La guerra civil es un don del cielo», publicado en *El Zurriago* de la segunda semana de octubre de

² F. TOMÁS Y VALIENTE, *A orillas del Estado*, Madrid, 1996, pp. 207 y ss.

³ Sobre este punto existe un consenso cada vez más amplio. *Vid.*, por todos, J., CARO BAROJA, *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, Madrid, 1980, pp. 121 y ss. Otros sientan los males que llevaron a la guerra en época posterior, pero igualmente en el siglo XIX, como A. TRAPIELLO, *Las armas y las letras*, 3.^a ed., Barcelona, 201, p. 27.

⁴ J. ÁLVAREZ JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, 2001, pp. 119 y ss.; GARCÍA DE CORTÁZAR, *Los mitos de la Historia de España*, Barcelona, 2004, pp. 206 y ss.; P. PRESTON, *El holocausto español*, Barcelona, 2011, pp. 30 y 308 y ss.

1821⁵, en el que se hacen afirmaciones que volverían a repetirse con frecuencia en las décadas posteriores:

«En la disyuntiva de sufrir el yugo de un déspota o de tener que correr a las armas para defender la libertad, es necesario no titubear un instante en adoptar el último extremo. Cuando los hombres libres se declaran en guerra abierta con los que quieren ser vasallos, esta lucha se llama guerra civil; pero, ¿no es mejor esta guerra civil que sufrir con las cadenas la arbitrariedad, las hogueras de la inquisición y la dura suerte de esclavos, en cuyo estado no hay patria y viven los hombres sin derechos, pues hasta el pensar jura vasallaje y sumisión al déspota?».

En cuanto al impulso de cambio como país, también resulta pacífico que España perdió en algún cruce de su pasado el tren de Europa, y que a partir de un momento (quizás Trento, quizás Westfalia), el país y sus gentes llegan tarde y mal a las citas claves de la historia: la ilustración, la industrialización, la laicidad, el Estado de Derecho, la democracia.

1975 supone una encrucijada a la que el español llega atrasado, empobrecido, cansado y asustado. En este momento, gracias a un conjunto de circunstancias todavía no bien comprendidas, la mayoría de la población hace primar el interés y la voluntad de acuerdo y empuja junta en una misma dirección. Es una dirección que apunta por encima de las visiones particulares de cada uno y parte del presupuesto compartido de rechazo a la dictadura y del anhelo, igualmente común, de modernidad democrática propia de nuestro entorno cultural. Mediante un delicado y responsable equilibrio de renunciaciones y de legítima defensa de las posiciones razonadas como irrenunciables, la mayor parte del espectro político, desde la izquierda comunista⁶ al franquismo más civilizado, sienta las bases de un tiempo nuevo. Es el tiempo que conocemos como *La Transición* y que, como se defenderá en las páginas siguientes, aún no puede considerarse concluido completamente. Un periodo breve pero rico e intensamente vivo de nuestra historia común, que fue posible, entre otros motivos estudiados con profusión, por la existencia en España de amplias clases medias y profesionales que ya no encajaban en un régimen autoritario y exigían un cambio de sistema que equiparara nuestro modo de vida al de las democracias europeas. La fórmula para lograrlo fue entonces, como es ahora, la coincidencia en lo fundamental.

Por la vía del consenso, del consenso nacido del diálogo y del compromiso, por vez primera en la historia de España se alcanzó un sistema político, plasmado en la Constitución de 1978, que no se construye *contra* nadie y en el que por fin, y casi por milagro, todos los españoles y no sólo

⁵ Pp. 6-9. Puede verse en *El Zurriago (1821-1823). Un periódico revolucionario*, selección, estudio, edición y notas de Á. ROMERA, Cádiz, 2005.

⁶ Desde mediados de los cincuenta, los dirigentes del PCE, alentados por el desmantelamiento del estalinismo, empiezan a señalar la necesidad de aliarse con las fuerzas conservadoras y liberales en el interior de España, a fin de lograr una transición pacífica a la democracia. *Id.*, por ejemplo, la obra de D. IBÁRRURI, *Por la reconciliación de los españoles hacia la democratización de España*, PCE, París, 1956, pp. 39 y ss.

algunos, gozamos de libertad. Frente al *trágala* característico de nuestro siglo XIX⁷, se buscó con valor un acuerdo entre posiciones antes enfrentadas a muerte, y el esfuerzo dio fruto con un pacto respetado por unos y otros durante veinticinco años.

De ese acuerdo básico, sólo los extremos más radicales se autoexcluyeron; a la derecha, falangistas, fascistas, ciertos militares, guerrilleros de Cristo Rey y similares intentaron reiteradamente boicotear el cambio. Pero pese a momentos de crisis grave, como los de febrero de 1981, sus intentos tenían más de canto de cisne que de movimiento articulado y claramente orientado. Mucho más graves han sido los ataques lanzados desde el otro lado por la extrema izquierda nacionalista, especialmente la vasca, dirigidos contra la línea de flotación del nuevo sistema, en colaboración con los nacionalistas autodenominados «moderados», instalados desde un principio en la esquizofrenia del contrapoder institucional.

Sobre este campo de minas, España abre a partir de 1975 un proceso de saneamiento y renovación que le lleva a realizar precipitadamente cambios estructurales y políticos que a otros Estados costaron décadas. Eso explica que la organización que nos hemos dado sea imperfecta y que en algún punto no sólo necesite actualizaciones y mejoras, sino también rectificaciones. Sufrimos, quizás, una *crisis de crecimiento*. Pero ello no debe enturbiar, y mucho menos desmerecer, el hecho innegable de que el acervo social, político, jurídico y moral que cuaja con la Constitución de 1978 es el que nos ha permitido este largo (o corto, según se mire) periodo de estabilidad y alternancia política democrática, sin parangón en nuestra historia contemporánea.

No está claro cuándo empieza la Guerra Civil (ni tampoco cuándo termina); pero lo que resulta evidente es que nuestra transición está incompleta. Periódicamente volverán a producirse intentos de enterrarla prematuramente, pero sería un error sin antes culminarla enteramente. Es decir, antes de caer en la vanidad de segundas transiciones, completamente superfluas, conviene concluir con normalidad y madurez democrática la primera, en el clima de equilibrio y moderación que supo preservar la sociedad española de finales de los setenta. Urge recuperar y alentar el espíritu ejemplar de aquella época, que vuelve a ser absolutamente imprescindible no sólo para avanzar en la mejora de nuestro sistema político, sino para superar serias tentaciones de involución democrática que sugiere la situación actual. Porque, en realidad, lo que encubre el discurso sobre la segunda transición es el primer intento de reforma radical del sistema político español desde 1977.

⁷ Los liberales del Trienio incluyeron el *Trágala* en el repertorio de las «canciones patrióticas», en el que ocupaba un lugar de honor el *Himno de Riego*. Al parecer, el *Trágala* nació en Cádiz, y fueron los ayudantes y defensores de Riego los primeros difusores de la canción en España. La coplilla alcanzó extraordinaria popularidad en España en dos momentos muy significativos: el propio Trienio Liberal y la posterior Guerra Civil de 1936-39. Las dos canciones expresaban las aspiraciones políticas de una parte importante de la sociedad frente a la reacción, encarnada, respectivamente, por los absolutistas y por los franquistas.

Hasta el año 2004, los diversos cambios de gobierno han permitido una alternancia en el poder que, aun cuando no fuera aceptada de buen grado por los partidos salientes, nunca provocó el cuestionamiento de las bases del sistema político consensuado en 1978. A partir de 2004, sin embargo, se producen ataques sin precedentes contra el siempre expuesto equilibrio constitucional, como penosamente ejemplifica la historia del Estatuto de Cataluña. Por vez primera, se trata de una política destructiva que va más allá de la deslealtad con el texto constitucional, porque supone, en definitiva, una falta de aceptación de las reglas del juego democrático, planteada oblicuamente.

Los promotores de la llamada segunda transición buscan legitimación en un discurso que, pese a su falta de fundamento, está cada vez más extendido: el mito falaz del olvido de la historia durante la transición. Según esta tesis, el proceso político de nuestro país, lejos de representar el sentir mayoritario de los españoles, fue resultado de la imposición de ocultos poderes egoístas que pretendieron perpetuarse en el poder⁸. Cuesta comprender que personas que vivieron aquellos años sostengan tales afirmaciones, siendo tan evidente lo contrario: los españoles de los setenta estaban, ante todo, preocupados por el pasado, todavía traumatizados por la guerra civil, y querían que en ningún caso volviera ésta a repetirse. De hecho, como ha señalado Carmen Iglesias: «Los constituyentes y el pueblo español optaron por el futuro porque tenían muy presente lo que había sido el pasado, es decir, optaron por cerrar la espiral de violencia, la escalada de venganzas y revanchas que puede no tener fin, para poder convivir en adelante en libertad e igualdad, en democracia»⁹.

Esta idea básica, la de la necesidad de enterrar los odios de la guerra (tan bien alimentados por la dictadura de Franco) y conseguir alcanzar una reconstrucción pacífica del país, la encontramos en la inmensa ma-

⁸ Este planteamiento, puramente político, busca a veces revestirse de rigor historiográfico. Entre las obras representativas de esta línea de pensamiento puede encontrarse, por ejemplo, F. GALLEGU, *El mito de la transición*, Barcelona, 2008, que parte del presupuesto de que la transición fue un proceso no deseado por sus promotores, una simple crisis estructural del franquismo que en modo alguno provocó una ruptura. Según este autor, entre la ciudadanía española cundió la ilusión, mediando engaño de la élite, de que esa ruptura sí se produjo, pero en realidad el bloque social que había gobernado el país durante el franquismo fue buscando y fue capaz de hallar los factores de recambio para permitir la continuidad del régimen (pp. 15-16 y pp. 695 y ss.). Gracias a los poderosos medios de comunicación con que contaban esos sectores, se convirtió esa mera reforma orgánica en el fruto de un acuerdo entusiasta, decidido y casi unánime de los españoles. La transición sería, por tanto, una construcción imaginaria, una mera sugestión colectiva. Sin embargo, esta tesis no queda documentalmente probada, como reconoce el propio autor en la introducción (p. 16) y parte de un evidente prejuicio también reconocido expresamente: en este tema no cabe la «neutralidad y el silencio sobre el pasado» (p. 705). Implica asimismo un prejuicio no científico afirmar que el proceso democrático español está viciado de origen porque se le concedió legitimidad para promoverlo a aquellos que nunca deberían haberla tenido. Según el autor, la única vía posible hubiera sido defender la experiencia republicana como alternativa democrática, retomando la tradición que se había quebrado en 1939.

⁹ C. IGLESIAS, *No siempre lo peor es cierto*, Madrid, 2009, p. 648.

yoría de los protagonistas de la transición. Es más, se trata de una voluntad de superación que es compartida incluso por los sectores situados más a la izquierda del espectro político (como el PCE¹⁰), y que existe desde bastante antes de 1975¹¹, como mínimo desde el «contubernio» de Munich de 1962 (que en muchos aspectos merece considerarse como un ensayo para la pacífica transición posterior a la democracia¹²).

Cerrando el círculo que alienta la voluntad de cambiar el rumbo y el fundamento de nuestro sistema político, los defensores de la segunda transición pretenden anclarlo no en la transición, que acredita el acierto del diálogo y el consenso responsable que alumbró la Constitución de 1978, sino en la Segunda República¹³. Queriendo ajustar cuentas con la historia, se tergiversa así la propia historia¹⁴ y, lo que es más grave, se utiliza la posición de fuerza que da el ejercicio del poder para emprender represalias, siquiera sea en el terreno moral, contra el bando vencedor de la Guerra Civil. Significativamente, esta postura llega de la mano de gentes que por su edad no vivieron los acontecimientos de los años treinta en España, lo que no les impide ser más papistas que el Papa, o más republicanas que los republicanos históricos, a la hora de reivindicar sin fisura crítica alguna la bondad de aquel periodo político. Lo más desconcertante de esta posición es que sólo puede defenderse desoyendo el testimonio de los propios protagonistas de la II República, que fueron precisamente los que con más dolor y autoridad señalaron la necesidad de pasar página y abrir nuevos caminos hacia una sólida reconciliación nacional. En este sentido, resulta muy elocuente la postura del socialista republicano Indalecio Prieto, para quien hacer un fetiche de la restauración de la República sólo garantizaría la hostilidad de las democracias occidentales hacia cualquier plan de tendente a sustituir a la dictadura de

¹⁰ Vid., por ejemplo, respecto a Dolores Ibárruri y Carrillo, P. PRESTON, *Las tres Españas del 36*, 2.ª ed., Barcelona, 2011, pp. 410 y ss. Vid., asimismo, S. JULIÁ DÍAZ, *Historia de las dos Españas*, 6.ª ed., 2006, pp. 445 y ss. Un buen relato sobre las vicisitudes de los inicios de la política de reconciliación nacional en el seno del PCE se encuentra en J. SEMPRÚN, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, 1977, pp. 51 y ss.

¹¹ Vid. la Declaración del Partido comunista de España: *Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español* (s. f.), PCE, París, 1956. Puede verse en <http://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm>. Vid., asimismo, S. JULIÁ DÍAZ, *Historia de las dos Españas*, cit., p. 457. Como dice este último: «La representación de la guerra civil como inútil matanza fratricida, el discurso de la reconciliación, el derribo de divisorias entre vencedores y vencidos, la mezcla de cristianos y comunistas, la colaboración en acciones comunes determinó la aparición de una generación de demócratas antes de la democracia que habían renunciado a los grandes relatos para poner en su lugar una reivindicación común de derechos y libertades».

¹² En este sentido P. PRESTON, *Las tres Españas del 36*, cit., p. 26.

¹³ Así, por ejemplo A. VIÑAS y F. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, *El desplome de la República*, Barcelona, 2009, p. 453. Vid., también, F. GALLEGO, *El mito de la transición*, cit., p. 705.

¹⁴ También TOMÁS Y VALIENTE (*A orillas del Estado*, cit., p. 205) señaló hace años este fenómeno, criticando que algunos en España lamentan que la ocasión de la transición no se aprovechara para establecer la III República, como si los antecedentes y las circunstancias de la realidad abierta el 20 de noviembre de 1975 no existieran, o como si en lugar de historia hubiera vacío.

Franco, lo que motivó su decidido apoyo a que el PSOE en el exilio dialogara con sus enemigos monárquicos de antaño¹⁵.

Tomando el pulso de esta chocante realidad, la finalidad de este libro es analizar los asuntos que los españoles tenemos pendientes como sociedad democrática, lo que viene a ser como un catálogo de los errores cometidos en la gestación y desarrollo de nuestro modelo constitucional vigente. Y ello, bajo el presupuesto de que lo vivido en la transición es un legado de libertad política sin precedentes en la historia de España y desde el convencimiento de que nuestro deber como ciudadanos no es destruir ese patrimonio, sino mejorarlo y aumentarlo. En ese camino, se parte de la idea de que nuestro sistema político no está contaminado por la falta de ruptura social, política y jurídica tras la muerte de Franco, sino todo lo contrario.

Es evidente que nuestra transición fue promovida «desde arriba» por la clase política que la protagonizó; pero ello en absoluto la deslegitima, porque ahí está el resultado y porque, la impulsara quien la impulsara, la obra fue colectiva, aunque no todos participáramos con igual intensidad. Muy líricamente, Tomás y Valiente califica aquellos años de transición como una «sinfonía coral sin partitura, que se interpretó en un concierto sin espectadores, porque nadie se quedó fuera del escenario, sino que cada cual o tocaba un instrumento o coreaba con su voz aquello de *Libertad. Amnistía. Estatuto de Autonomía*»¹⁶.

Por mucho empeño que pongan los promotores de la segunda transición, el balance de la primera es claramente positivo. Lo logrado a finales de los setenta en España es un hecho único en nuestra historia: las dos Españas que lucharon en 1936 se habían convertido, por fin, en la «Tercera España»¹⁷, esa que vive desde hace más de dos siglos aprendiendo a sobrevivir entre los excesos de una y otra¹⁸, y que nunca antes había tomado las riendas del poder. Y ello es motivo de legítimo orgullo, como han puesto de relieve los mejores de entre nosotros¹⁹.

Bennassar niega que la España de la Constitución de 1978 fuera una pantomima: fuera de la transición democrática, no existió otra vía posible. Abrir un juicio al franquismo hubiera sido completamente inoportu-

¹⁵ Vid. I. PRIETO, *Palabras al viento*, México, 169, pp. 252 y ss.

¹⁶ F. TOMÁS Y VALIENTE, *A orillas del Estado*, cit., p. 205.

¹⁷ En este sentido P. PRESTON, *Las tres Españas del 36*, cit., p. 26

¹⁸ ALCALÁ GALIANO cuenta en sus memorias que, entre los más exaltados de 1820 y el Rey felón, Fernando VII, surgió una comunidad estratégica, nacida de su común odio hacia los moderados (*Memorias de un anciano*, Crítica, Barcelona, 2009, p. 587). Por su parte, el general Rojo afirma en su historia de la guerra civil que las minorías exaltadas de ambos bandos que llevaron al país a la guerra no pasarían de unas 200.000 personas; el resto, la tercera España, serían los 28.000.000 restantes. No sabemos de qué manera hizo Rojo el cálculo, pero su apreciación es valiosa a los efectos que aquí nos ocupan. V. ROJO, *Historia de la Guerra Civil Española*, Madrid, 2010, pp. 72 y ss.

¹⁹ F. TOMÁS Y VALIENTE, *A orillas del Estado*, cit., p. 206: «Mi segunda observación consiste en recordar algo que quienes vivimos aquello rememoramos con orgullo y sin arrepentimiento: la viva solidaridad que entonces hubo entre todos los españoles demócratas».

no. Era preciso conseguir que las Cortes del antiguo régimen aceptasen su disolución para que un nuevo personal político se hiciera cargo del país; un juicio de ese tipo hubiera conllevado de inmediato el de los responsables de la represión republicana, algunos de los cuales sobrevivían, como Santiago Carrillo²⁰. Era evidente que aquello sólo hubiera servido para abrir de nuevo la espiral de odio y represión, en un contexto altamente arriesgado para la democracia, por las amenazas añadidas de ETA y los golpistas.

II. UNA VISIÓN NECESARIAMENTE SUBJETIVA

Creo que conviene aclarar desde el principio que las páginas que siguen vuelcan la mirada subjetiva de alguien que nació en 1965. Esta perspectiva personal elimina toda reivindicación de verdad absoluta, pretensión por otra parte imposible. Pero ello no impide que mi enfoque aspire, sobre todo, a la imparcialidad, huyendo de cualquier intención apologética. Cuenta Julián Zugazagoitia, en el prólogo de su historia de la guerra civil, que, según un amigo suyo, en 1940 era todavía temprano para permitirse el lujo de la imparcialidad, a lo que él alegaba: «¿Qué hacer si ese lujo es, para ciertas conciencias, necesidad biológica?»²¹. Sufro, al parecer, la misma tara biológica que don Julián, lo que por sí mismo justificaría la perspectiva adoptada en esta obra. Pero, además, parto de la convicción de que, a estas alturas y en contra de lo que algunos siguen todavía defendiendo²², transcurridos ya muchos años desde la guerra y el comienzo de la transición, la imparcialidad es posible y necesaria.

Quienes nacimos en los sesenta somos una generación a caballo entre dos mundos. No conocimos bien el franquismo, pero vivimos en él lo suficiente para saber algo de su aspecto, siquiera sea en su imagen más desteñida por el tiempo y el cansancio. Éramos demasiado jóvenes para haber participado en la fiesta del sesenta y ocho y en su resaca, que aún padecemos. Ni fuimos protagonistas del franquismo, en su modalidad activa o pasiva, ni tampoco pilotamos la transición. Y llegados a los cuarenta, hémos aquí, ya en edad de merecer, que tampoco ahora tocamos mucho pelo, desbancados por una generación mucho más joven que se erige en heredera patrimonial y afectiva de la quinta del sesenta y ocho.

Vaya por delante que no me quejo. Quizás esa preterición sea un regalo que nos hace el destino, concediendo a la especie el respiro de una

²⁰ Sobre el particular resultan útiles las reflexiones de B. BENNASSAR, *El infierno fuimos nosotros*, Madrid, 2005, p. 458, y J. RUIZ, *El Terror Rojo*, Barcelona, 2012, pp. 265, donde se analizan las posibles responsabilidades políticas y penales de las sacas de presos de las cárceles madrileñas.

²¹ J. ZUGAZAGOITIA, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2.ª ed., Barcelona, 2007, p. 25. Por eso mismo, Zugazagoitia auguraba que su libro no gustaría nadie, pues nadie iba a agradecer la ausencia de recodos polémicos con que había sido escrito: «Ese que me parece su mérito, será su desgracia».

²² Por ejemplo, como acabamos de ver, F. GALLEGO, *El mito de la transición*, cit., p. 705, sostiene que en este tema no cabe la «neutralidad y el silencio sobre el pasado».

generación dedicada a actividades más nutritivas para el espíritu que la política. Pero es importante no confundir el gobierno con la participación, porque el hecho de no dirigir o querer dirigir el mando no significa que no se pueda opinar. Es más, creo que se debe opinar, aunque sea para contener la ola de corrección política que veta cualquier tipo de discrepancia sobre los asuntos y verdades que el sistema de poder establecido en España entiende que son intocables, como sucede, por ejemplo, con las vicisitudes de la transición y el franquismo. Siguiendo la terminología de Orwell, esta preocupación por la corrección política puede considerarse la «falacia del momento»²³, pero la presión social que se crea para obligarnos a aceptarla, con mayor o menor sofisticación, es inútil ante quienes piensan que combatirla es nuestro deber ciudadano.

Yo puedo opinar de la transición porque, entre otras cosas, estaba allí cuando pasaba. Evidentemente no estaba en la sala donde se gestó la Constitución, ni en los foros donde se parieron los pactos de la Moncloa. Pero estaba en España y, por tanto, conozco el ambiente que se respiraba y, sobre todo, las expectativas y las ilusiones que latían en nuestro entorno. No tuve la precocidad de la exministra Chacón, que con nueve años se pasó, según ha contado ella misma en un reportaje publicado en *El País* el 20 de febrero de 2011, la tarde del 23-F destruyendo los documentos que consideraba comprometedores para sus padres, pero sí tengo buena memoria.

De eso quiero hablar ahora, de las perspectivas, de los proyectos, de la esperanza colectiva, de la idea que mis padres, mis tíos, sus amigos, etc., tenían sobre lo que iba a ser el futuro. Si tuviera que identificar la sensación, el sentimiento predominante durante los primeros años setenta, la palabra sería miedo. Tengo un ejemplo personal que lo refleja muy sencillamente. Debía tener yo unos ocho años (año 1974 o 1975), y un miércoles volví a casa del colegio ansioso por disfrutar uno de los mayores placeres que la vida ofrecía a un crío de mi edad: «Vicki el Vikingo» y el monumental bocadillo que siempre lo acompañaba. Llegada la hora, merienda en ristre, enciendo la tele y veo que en el lugar de la esperada sintonía de rock, la pantalla me ofrece el comienzo de un partido de fútbol. Después de descartar errores de diverso tipo, busco a mi madre para saber por qué no echan «Vicki el Vikingo» por la tele, como es habitual y está mandado un miércoles por la tarde. Como mi madre no sabe explicarme, mi cabreo sube de tono, hasta que no se me ocurre otro exabrupto mejor que gritar bien fuerte: «Si es verdad, mamá, es que Franco es un cabezón». A lo que mi madre, perpleja al principio, y tras unos segundos de titubeo, responde corriendo veloz a cerrar la ventana abierta a un patio de vecinos, diciendo: «Niño, que se van a creer que somos comunistas». En mi ingenuidad política, ésa que quizás aún no haya perdido, el único responsable del cambio de programación tenía que ser aquel viejito medio chocho con voz de pito, que al parecer mandaba mucho, y al que mi padre adoraba y mi madre temía. Pero lo relevante del suceso es que,

²³ G. ORWELL, *Orwell and Politics*, P. DAVISON (ed.), London, 2001, p. 379.

para mi madre, ser considerada «comunista», en nuestra comunidad, era algo terrible que debía evitarse a toda costa.

Años después, el sentimiento predominante también fue el miedo. La noche del 23-F, de manera mucho más consciente desde la altura de mis quince años, las caras preocupadas de mis padres ante las noticias eran bien elocuentes; sin palabras, su inquietud hablaba de la dureza de recuerdos vividos o escuchados en su infancia, de miedo, de hambre, de bombas y disparos, de represalias feroces, de sacas y de checas, de delaciones y chantajes, de quema de conventos. La intensidad de aquellos sentimientos, puramente humanos, anteriores a cualquier interés ideológico, me hacen tener por seguro que la mayor esperanza colectiva de aquella sociedad era que lo pasado nunca volviera a repetirse, que el miedo acabase, que las disputas políticas se resolvieran de una vez por todas pacíficamente, que se lograra construir, entre todos, una comunidad en la que, como decía Churchill, «si alguien llama a tu casa a las 6.00 de la mañana, estás seguro de que es el lechero».

Para ello, era necesario lograr un equilibrio entre las diferencias, una concordia de la que España no había disfrutado en los últimos doscientos años. El momento histórico de la transición puso a prueba la cabeza y el corazón de todos, padres y abuelos —hijos precoces también, cómo no—, para sustituir el odio y el monólogo por el respeto y el diálogo²⁴. Son unánimes los testimonios que hablan de esta voluntad común de cambio sin violencia²⁵.

La laicidad era uno de los puntos fundamentales que precisaban en los setenta un equilibrio entre visiones distintas. La España de mi infancia era un país donde la Iglesia Católica dominaba muchos aspectos de la vida civil. Todavía era corriente que los párrocos expidieran certificados de buena conducta y el catolicismo era prácticamente obligatorio. Español y católico era un binomio que no admitía controversia y la presencia del clero era opresiva en la enseñanza, en la política y hasta en el Registro Civil. Había una clarísima y mayoritaria demanda para que ciertas cosas cambiasen radicalmente en este campo, para que una reforma legislativa hiciera posible, por ejemplo, que los padres pudieran poner a sus hijos el nombre que quisieran y no necesariamente uno que viniera en el santoral, o para que las parejas pudieran elegir libremente si regían sus vidas por la moral sexual católica o no. Se quería que la moral católica no impusiera, por ley, las costumbres sociales, que cada cual rigiese su vida según sus propios criterios morales en lo relativo a la sexualidad, el vestido, la diversión, el ocio, etc. Pero, sobre todo, se quería restringir el hecho religioso al ámbito privado, logrando la aconfesionalidad del Estado.

²⁴ Porque como afirmaba J. ZUGAZAGOITIA al comienzo de su obra sobre la guerra civil, de ésta los españoles habíamos salidos «odiándonos con la misma fuerza»; lo que había perdido la situación en crueldad militar lo había ganado en virulencia política. Por eso, afirmaba: «La guerra de España no ha terminado. Conocemos el fin de las operaciones militares, pero el conflicto continúa». J. ZUGAZAGOITIA, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, cit., p. 25.

²⁵ F. TOMÁS Y VALIENTE, *A orillas del Estado*, cit., p. 207.